



PASOS Y HUELLAS

Entrevista a Monseñor Agripino Núñez Collado* Rector de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra

Monseñor, este ejemplar del Cuaderno ha buscado recoger algunos de los principales aportes que ha realizado la Universidad en sus cincuenta años de trabajo a la sociedad dominicana y en esta sección, "Pasos y Huellas", quisiéramos incluir desde su propia voz cuáles han sido estos, vistos desde una perspectiva general. Podríamos empezar conversando sobre cuál fue su papel en el periodo en que esta Universidad fue fundada.

Tuve el privilegio de comenzar a trabajar con Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito en el año 1961, cuando se comenzó a hablar de la posibilidad de tener una universidad en Santiago de los Caballeros. Fue un honor para mí poder participar en todos los encuentros entre Monseñor y un grupo muy reducido de personas. Este grupo era como un "think tank", es decir, un grupo pensante, que consideraba las carreras que se debían ofrecer en la región del Cibao y cómo debía procederse para lograrlo. El primer alojamiento de la Universidad fue en una casa de madera vieja en la calle Sully Bonnelly y allí se llevó a cabo la primera oferta. Recuerdo que una de las personas de ese grupo, Víctor Espaillet, dijo en más de una ocasión que hasta que no se vieran estudiantes con batas blancas de médicos esto no sería una Universidad, pues él creía que la Medicina era la carrera en que más se creaba una relación familiar con la Institución. Afortunadamente, en el año 1974 inició dicha carrera, que constituyó la culminación de un sueño.

El anuncio de la creación de la Universidad se hizo el mismo día en que se inauguró el Seminario San Pio X, en Licey. Este seminario había sido el producto de un gran esfuerzo. Monseñor Polanco me había mandado a España con el encargo de que trabajaría en ese Seminario y yo pensé que iba a ser profesor ahí, pero en la inauguración me

nombró Rector. Sin embargo, en 1963 él mismo me dijo: "mira, yo estoy pensando que es mejor que tú vengas para la Universidad y Monseñor Flores se vaya para el Seminario." En ese momento sentí que se me derrumbaba el mundo, pues en los años en que estuve en Europa estudié con la ilusión de que quizás podría hacer una importante contribución a los futuros sacerdotes. Los jesuitas siempre nos habían enseñado la importancia de la obediencia, de hacer la voluntad de Dios, que se recibe a través del Obispo en el caso de un sacerdote.

La primera cosa que hice fue tratar de aprender lo que era una Universidad y, gracias a Dios, tuve apoyo de muchas embajadas a las que me acerqué. En la de Estados Unidos me ofrecieron un programa para viajar viendo universidades allá; luego también me invitaron las embajadas de Israel, Alemania y Francia para aprender de sus sistemas universitarios. Era la época de las revoluciones estudiantiles en Europa, y en ese tiempo me di cuenta que una Universidad era algo más allá de lo académico. Por eso me matriculé en la Universidad de Puerto Rico para aprender administración. Allí estuve dos años, una semana aquí y otra allá. Ya en 1969 habíamos logrado la colaboración de la Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID) para la planificación del campus, la biblioteca, un conjunto de carreras, y becas para preparar a nuestros profesores.

Según uno de los libros de su autoría, la PUCMM ha contribuido a desarrollar un nuevo estilo universitario en el país. Nos gustaría escucharlo con relación a esto, ¿en qué sentido ha sido un estilo nuevo?

Fuimos la primera universidad que instaló el sistema de crédito académico y el período de tiempo

* Sacerdote desde 1959, ha dedicado su vida al servicio de la sociedad dominicana a través de la Iglesia, la educación y el fortalecimiento de la democracia. Fue designado Vicerrector en 1963 hasta 1970 en que asumió la Rectoría de la ahora Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma de Santo Domingo, con estudios de Postgrado en Teología y Derecho Canónico en la Pontificia Universidad de Salamanca, España, y Maestría en Administración por la Universidad de Puerto Rico. Sus quehaceres por la democracia, el diálogo y la concertación nacional han sido reconocidos nacional e internacionalmente. Autor de numerosos libros y artículos sobre Educación Superior, Democracia y Desarrollo.

Encuentre el texto en "PUCMM: 50 años sembrando Verdad y Ciencia", <http://www.pucmm.edu.do/STI/campus/CDP/ComunicacionPublicaciones/Paginas/CuadernodePedagogiaUniversitaria.aspx>

Cuaderno de Pedagogía Universitaria Año 8/ N. 16 / julio - diciembre 2011 / Santiago, Rep. Dom.: PUCMM / p.40-42

en semestres, pues anteriormente eran cursos de un año. Otra audacia consistió en carreras que no se habían ofrecido en el país hasta el momento, ya que concebíamos que esta Universidad era para el desarrollo del país.

Primero se creó la Administración de Empresa. Lo que existía en la época eran familias pudientes, dueños de sus propias empresas, que mandaban a sus hijos al exterior para que volvieran formados. Se decía: "para qué crear esa carrera, si no va a haber empleo", pero precisamente, se buscaba movilizar la sociedad, el país no seguiría siendo el mismo siempre. Así se dio también el proceso de apertura de la Ingeniería Electromecánica, Ingeniería Industrial y Trabajo Social.

¿Pero cómo comenzábamos, si no teníamos profesores? Para Administración de Empresa, afortunadamente, Manuel José Cabral acababa de regresar de Harvard con una maestría y pudimos entusiasmarlo para que él se hiciera cargo de dirigir la nueva carrera. Para las ingenierías logramos que el ingeniero civil Víctor Sagredo fuera Decano. Nos dirigimos a la Pontificia Universidad Bolivariana, en Colombia, de mucho prestigio. Allí pedimos que nos asesoraran para la preparación de los programas y estuvimos trabajando con los que fueron los primeros profesores. Entre ellos estaba el ingeniero Felipe Vicini, quien aceptó figurar en el cuadro de profesores para poder atraer estudiantes. Él viajaba sin fallar desde Santo Domingo todos los sábados. Providencialmente, en el año 1965 durante la guerra civil, los organismos internacionales se interesaron en ayudar al país. Vino una misión del fondo especial de las Naciones Unidas y conversamos. De dicho encuentro surgió la idea de preparar un proyecto para presentarlo al Director de esta organización, en Estados Unidos. Allí fuimos, el embajador dominicano y un servidor. Entonces, nuestro interlocutor hizo muchísimas preguntas y noté en su rostro que era un proyecto que le gustaba. Algunos meses después ese señor fue nombrado representante de la Naciones Unidas en el país y la Universidad representó para él un proyecto de atención particular. Esto implicó una donación de casi dos millones de dólares para laboratorios y contratación de personal, que era lo que más hacía falta. Aquí no teníamos profesores, por lo que se incluyeron 26 becas para mandar nuestros recursos afuera. Mientras estos profesores se preparaban, se hizo un acuerdo con la UNESCO para contratar a un alemán, un francés, un griego, un italiano, un colombiano y un ecuatoriano. Así, teníamos 6 técnicos de muy alto nivel, mientras nuestros propios recursos estaban en el extranjero. No solamente estábamos inaugurando un nuevo estilo con nuevas ofertas en Santiago, sino trayéndole a Santiago una gran riqueza cultural, pues era una comunidad relativamente pequeña. Además, teníamos profesores norteamericanos para la enseñanza del inglés y profesores franceses para Ciencias Básicas, que se consiguieron a través del Cuerpo de Paz. Eran voluntarios que optaban por el servicio fuera de la nación en vez de la formación militar. De modo que cuando esto era todavía un campus muy crudo ya era también un semillero de encuentros culturales de distintas culturas. Alguien escribirá la historia para apreciar lo que ha significado la Universidad como aporte para Santiago tanto en cultura como en economía. En los años 70 empezaron a construirse urbanizaciones y los primeros

inquilinos eran nuestros profesores. Tuvimos otra inyección de técnicos: Juan Bosch había mandado a muchos de jóvenes a estudiar a Brasil y a México. Al regresar, esas personas no tenían empleo y vinieron para Santiago, atrayendo ellos mismos a más profesores extranjeros. Era un hecho que las carreras arrancaban con fuerza.

No quiero dejar de mencionar los aportes de la Universidad al país con la creación pionera de la carrera de Hotelería y la Ingeniería de Minas. Para la Hotelería nos acercamos a una escuela de gran reputación en el Estado de Nueva York y conseguimos que ellos nos facilitaran ayuda para el diseño, la visión, los contenidos y el reclutamiento de profesores. En cuanto a la Ingeniería de Minas, en los años 70, las empresas mineras se quejaban que solo había técnicos extranjeros y que aquí se necesitarían unos 60 ingenieros de minas. En una visita a Gran Bretaña, por invitación del gobierno, llevamos el proyecto a una universidad de Gales de gran prestigio en el área. El Director se interesó, vino al país, y conseguimos una donación significativa en doble dirección: primero, para adquirir los laboratorios de esa carrera y, segundo, becas para mandar a cinco profesores nuestros a Gales. Mientras tanto, de esa universidad recibimos cuatro profesores, que estuvieron acá unos dos años. Como se puede apreciar, cada vez que se abría una carrera, nos asegurábamos de contar con los recursos materiales y humanos para ello, con énfasis en la excelencia de ambos.

¿Cuál otro aporte de la Universidad al desarrollo nacional podríamos destacar?

Yo diría que en aspectos macrosociales del país. Hemos hecho contribuciones a la paz social a través de la cultura del diálogo. Esto empezó en el año 1985, en Jarabacoa, con un encuentro de personajes que eran adversarios sociales. Era una época en que cada semana había una huelga, el sector productivo estaba prácticamente detenido porque los sindicalistas estaban en permanente confrontación con los empleadores. El debate político estaba a nivel de insultos y el tejido social estaba debilitado. Entonces, en enero de 1985 la Conferencia del Episcopado Dominicano (CED) lanza una carta pastoral pidiendo diálogo social. La Universidad respondió a este llamado y logramos en el mes de marzo tener un encuentro de tres días en Jarabacoa. El actual Cardenal era presidente entonces de la Conferencia del Episcopado Dominicano (CED) y accedió a estar presente, junto con el obispo de Santiago Monseñor Roque Adames, y un servidor. En las primeras horas los enfrentamientos eran fuertes, pero el Espíritu Santo siempre ayuda. Al final de estos tres días todos pidieron que el diálogo continuara y que fuera coordinado por la Iglesia Católica. La CED delega esto en la Universidad, para que ella fuera el centro del diálogo. Las primeras conquistas de los trabajadores se produjeron en este contexto: un primer aumento salarial y la solicitud de revisión del Código de Trabajo. Esto último no progresó hasta el año 1990, cuando hubo una convocatoria de 27 organizaciones a una huelga por tiempo indefinido que causó pánico a nivel nacional. A través de una reunión con el presidente Joaquín Balaguer, conseguimos que él recibiera a los convocantes de la huelga. Recuerdo que el editorial del Periódico El Nacional de ese domingo fue dedicado al anuncio de dicho evento. De ahí salió una serie de conquistas: otro aumento al

salario mínimo y la liberación del Impuesto sobre la Renta a los salarios hasta tres mil pesos. También se consignó la modificación del Código de Trabajo, y el presidente Balaguer nombró una comisión para ello. Cuando el tema llegó al Congreso Nacional, existían dos proyectos de código: uno de los sindicalistas y otro del Poder Ejecutivo. Por acuerdo entre los partidos políticos, todos se reunieron en esta Universidad, en Santo Domingo, y los 736 artículos del Código fueron consensuados entre empresarios, gobierno y trabajadores, con la moderación de la Iglesia. Ese Código se promulgó en el Palacio Nacional con la presencia de todos los sectores sociales. Desde que se promulgó, fue difundido en Latinoamérica como un código de avanzada, de conquistas importantes para los trabajadores.

Después de esto, vino la crisis política de 1994, casi la peor que hemos tenido, en la cual el país estuvo a punto de caer en un vacío institucional. La situación se solucionó con la firma de un pacto de civilidad, que hizo posible la continuación de la democracia. Lo importante era que el país continuara caminando. Por la experiencia que he vivido, aun en las circunstancias peores, las personas tienen la capacidad de ceder en beneficio de la paz del país. Y eso lo digo incluso en reconocimiento de los políticos, criticados por muchos sectores. Ellos han demostrado una gran confianza en la Iglesia y eso ha implicado muchas horas, muchos contactos que la gente ni se imagina, pero que se logran gracias a la confianza.

Monseñor, quizás falta añadir su consideración acerca los retos de la Universidad al cumplirse estos 50 años.

El reto principal es continuar consolidando la familia universitaria, en el aspecto académico y el administrativo, consolidando la Institución. Queremos que haya una fuerte identificación, sobre todo del profesorado, con los objetivos y los compromisos de la PUCMM. Es un reto la formación del profesorado para que esté a tono con los requerimientos de esta sociedad global de conocimientos y de competitividad. También es un reto continuar la internacionalización que ha estado presente desde los primeros años. Recuerdo, durante mi estadía de estudiante en Salamanca, a un médico español que se fue a Alemania y a su vuelta escribió un libro titulado "La repoblación cerebral española". Él decía ahí que nadie que no haya salido de su país debería ser profesor de una universidad. Por eso considero importante continuar fortaleciendo al profesorado en su actualización, teniendo la capacidad de cambiar de mentalidad, puesto que hay cosas que si antes eran válidas ahora no lo son. Algo que ayuda a la identidad de los profesores con la Institución es la garantía de la Carrera Académica. En los años 70 llegamos a tener a más del 70% de los profesores de tiempo completo, pero después vino la crisis económica y esa realidad cambió. Tenemos que seguir aumentando el número de profesores de tiempo completo y ofrecerles oportunidades de actualización. Es una responsabilidad cumplir con la expectativa de los padres que envían a sus hijos aquí y dicen que los están enviando a la mejor universidad del país.

